

Antonio Robles

# LA BRUJA DOÑA PAZ



*Al terminar la guerra hispana llegué a México; y como algunos conocían mi nombre por esos premios, se me encomendaron oficialmente conferencias sobre literatura infantil.*

*Entonces se me encargaron algunos cursos de dicha literatura, y he ofrecido conferencias en Nueva York, Puerto Rico, Cuba y diversos estados mexicanos, además de los diferentes cuentos que referí por radio.*

ANTONIORROBLES

México, 1964

## Nota a la presente edición

*Antoniorrobles regresó a España en 1972 y desde entonces reside nuevamente en El Escorial. Con motivo de esta edición le visitamos varias veces. En cada visita nos sorprendía su excelente humor y su bondad y recordábamos aquella frase que un día escribiera Ramón Pérez de Ayala: «Que el admirado Antoniorrobles no pierda nunca su alegría seria y su seriedad alegre».*

*Unos editores de Valladolid. 1981.*



1

## La Bruja, frente a la Luna, fue feliz como ninguna

Pues, señor, doña Paz había nacido bruja, pero ella no tenía la culpa. Doña Paz había nacido en un campanario tenebroso, lleno de murciélagos. De niña le enseñaron a volar en una escoba pequeña, y su mamá, que era una famosa bruja llamada doña Quica, dijo una vez a su hija Paz:

—Tú ya sabes nuestras costumbres, hija mía; no debes salir del campanario antes de las doce de la noche.

—Está bien, mamá. Ya sabes que estoy dispuesta a obedecerte.

Efectivamente, la brujita no salía jamás antes de que el reloj del mismo templo donde vivían hiciera sonar sus doce campanadas.

La verdad es que a la brujita Paz no le gustaba mucho el genio que tenían las compañeras de doña Quica. De día se quedaban dormidas por los rincones del campanario y bien se advertía que soñaban cosas terribles, porque lanzaban unos gritos estridentes, como si regañasen las unas con las otras.

Los hombres de la ciudad no las conocían más que de oídas, pues las gruesas cuerdas de las campanas llegaban hasta abajo, y el campanero no tenía que subir para sus repiques. Y como las brujas volaban montadas en sus escobas en plena noche, nadie las había visto.

Mas es el caso que la brujita Paz salió una vez en que la Luna estaba grande y redonda, y aquello le gustó tanto que fue la hora más feliz de su infancia.



Las demás brujas del campanario dijeron a su mamá:

—Ten cuidado con tu hija, porque le gusta mucho la luz de la Luna, y las brujas debemos tener gran afición a la oscuridad. Las noches más oscuras son noches miedosas, y nuestra obligación es dar miedo a los hombres, a las mujeres, a las niñas y a los niños.

Entonces la bruja se lo dijo a Paz, y Paz contestó:

—Mamita: a mí me gusta mucho la luz de la Luna; por eso te pido que me permitas salir cuando es grande y redonda.

—Bien está; yo no quiero quitarte ese capricho; al fin y al cabo soy tu mamá; además comprendo que esa luz es bonita. Pero tengo miedo de que se enfaden mis compañeras.

Así sucedió; en las noches oscuras, las doce brujas que vivían en el campanario montaban en sus escobas y salían volando y gritando de tal modo que daba horror sentir las. ¡Ah!, pero cuando la Luna era llena, la brujita Paz montaba en su escobita y le gustaba volar sobre la ciudad y sobre el campo, y más que nada le entusiasmaba ver



cómo se reflejaba el redondo satélite de la noche en las aguas del río. En consecuencia, como aquella feliz admiración le hacía poner un semblante de niña dulce y tierna, fueron desapareciendo sus rasgos de brujería, así es que su cara era semejante a la de una simpática colegiala.

Entonces la presidenta de aquellas doce brujas celebró una reunión con todas ellas, y dijo a doña Quica:

— Es intolerable lo que sucede con tu hija Paz; esa niña ni parece bruja ni lo parecerá nunca. Es necesario que le prohíbas terminantemente salir en las noches en que haya mucha claridad.

— No creo que mi hija haga mal a nadie con salir a las doce a ver la bella luz de la Luna — replicó la madre — ; por consiguiente, mi intención es dejarla que siga saliendo en las noches que ella lo desee.

— ¡ Eso no se puede tolerar! — exclamó la bruja presidenta — . O cambias de parecer y la dejas encerrada cuando haya Luna, o te tendremos que castigar a ti también.

A lo cual volvió a replicar la madre:

— ¡ Yo no encerraré a mi hija por tan poca cosa!

— ¡ Eres una mala bruja y una compañera traidora! ¡ Fuera de aquí! — gritaron las otras.

La presidenta y las demás compañeras enarbolaron las escobas y se lanzaron contra ella a escobazos. La bruja doña Quica tomó entonces de la mano a Pacita y ambas en sus escobas salieron volando, decididas a no volver más por aquel campanario.





2

Aquí están los seis chiquillos  
negros, blancos y amarillos

Pasaron aquella noche la madre y la hija en un hermoso árbol que había en las afueras, y escondidas entre el ramaje estuvieron todo el día. Mas como aquello no era lugar de brujas, cuando dieron las doce de la siguiente noche salieron volando y se mar-

charon a otro pueblo, instalándose las dos en la torre alta y estrecha del primer templo que encontraron.

Naturalmente, Paz seguía creciendo, y como estaba disgustada con lo que habían hecho a su madre las furiosas compañeras, todas sus ideas eran contra la antigua crueldad de las brujas. Y dijo a doña Quica:

— Debes comprender, mamacita querida, que puede haber brujas malas y las puede haber buenas. Que ellas sigan siendo brujas para las noches tenebrosas; pero nosotras lo seremos cuando la noche se pone bonita.

Como la madre de Paz iba siendo ya muy anciana, se dejaba llevar por los deseos de su hija, y llegó a convencerse de que es mejor vivir pacíficamente, que andar siempre pensando en hacer el mal y en asustar a las personas.

Una noche, la brujita Paz salió de su torre montada en la escoba, dejando en su oscuro hogar a la viejecita, y era tan feliz viendo los paisajes desde su pintoresco y aéreo vehículo, que llegó la hora del alba y la del amanecer, y aún seguía de árbol en árbol, como un pajarito más, disfrutando de la mañana.



Y se anunció la salida del Sol, y la entusiasmó verle luego grande y de color naranja, apareciendo por detrás de una montaña muy lejana.

Fue entonces cuando se decidió a regresar a la torre para que su mamá no estuviera preocupada, y cuál no sería su sorpresa al ver que media docena de niños pasaban volando; pero resultaron unos niños extraños: dos eran negritos; dos amarillos, con sus graciosos ojitos achinados, y dos blancos; y a pesar de sus alas no eran ángeles, porque llevaban unos pantaloncitos cortos, cada uno de un color, y sus correspondientes relojes de pulsera. Aquello, como es natural, le emocionó y le asombró de una manera extraordinaria. Lo malo fue que al verla ellos vestida de oscuro y montada en la escoba, se sintieron horrorizados y huyeron volando a gran velocidad, mientras gritaban:

— ¡Una bruja! ¡Una bruja!

Cuando ella regresó al hogar, su mamá le dijo:

— Pacita, no seas loca; no debes andar de día por ahí. Acuérdate de que, al fin y al cabo, eres una brujita.

—Tienes razón, mamá; pero ¡son tan bonitas las canciones de los pájaros al amanecer!...

No quiso decir nada de los niños que había visto, porque su madre comprendería que su hija había cambiado excesivamente; y ya se sabe que las antiguas brujas tenían la idea de que debían seguir siendo brujas, y nada más que brujas.

Claro está que desde aquella vez Paz, la brujita, salía de su hogar mucho más tarde de las doce de la noche para no dejar sola demasiado tiempo a su anciana madre, y luego esperaba por el campo la salida del Sol para escuchar los cánticos de los pajaritos y para ver pasar a los seis extraños ni-



ños, que iban siempre felices y sonrientes hasta que la veían a ella; ¡ah!, pero entonces pasaban veloces para huir de la bruja; mas como ella les saludaba con la mano y, asimismo, con su sonrisa, fueron comprendiendo que no trataba de hacerles ningún daño, y acabaron por saludarla ellos también, al pasar, con palabras felices. En fin, hasta que un día decidieron acercarse a ella y preguntarle:

—¿Pero no es usted bruja?

—Sí, amiguitos, bruja nací, y no puedo dejar de serlo. Pero los tiempos van cambiando, y como sospecho que se es más feliz haciendo el bien que haciendo el mal, no sé si es que procuro ser una bruja buena... o que no sé ser mala.



—¿Y cómo se llama usted? —le interrogó uno de ellos.

—Paz, para servir a ustedes.

—¡Viva la bruja doña Paz! —gritó el más alegre, a lo cual contestaron sus compañeros:

—¡Viva!...

Desde aquel día se despedían siempre hasta la mañana siguiente a la hora de salir el Sol, y al verse de nuevo, juntos volaban los seis niños y la extraña bruja doña Paz sobre los campos, entre los pajaritos y esas nubes blancas y pequeñas que a veces avanzan tranquilas por el azul del cielo mañanero.

Fue entonces cuando le explicaron que habían nacido, entre muy altas rocas, de seis huevos que en un raro nido, en el que ahora vivían, puso una gigantesca ave como de cuento, que ellos apenas llegaron a conocer; le dijeron también que se alimentaban de las frutas que hay en los árboles, y que se llamaban Lucero y Girasol los amarillos, Chocolate y Jilguero los negros, y Violín y Clavel los blancos, luciendo unos pantaloncitos cada cual de un color, pues uno los lle-

vaba rojos, otro amarillos y así sucesivamente anaranjados, violeta, verdes y azules.

Sucedió que como la mamá de Paz era ya tan viejecita, se murió, y su hija lloró mucho, acompañándola en su dolor los seis amiguitos.

Muy triste se quedó la bruja Paz, que ya era algo mayor; pero dio la casualidad de que llegaron a consolarla dos cigüeñas que, al cambiar de país como hacen en primavera, vinieron a formar el nido precisamente



sobre la torre que la bruja ocupaba. Y como ella les traía sabrosos granos de trigo y maíz que recogía en el campo, las cigüeñas sintieron mucho cariño por Paz y vivían las tres como en familia. Es más: cuando en el nido nacieron tres cigüeñitas nuevas, sus papás iban en busca de alimento para ellas y la brujita se quedaba cuidándolas.

Algo había que no dejaba tranquila a esta pintoresca y simpática dama de la escoba, y era que, de cuando en cuando, sonaban lejanas detonaciones.

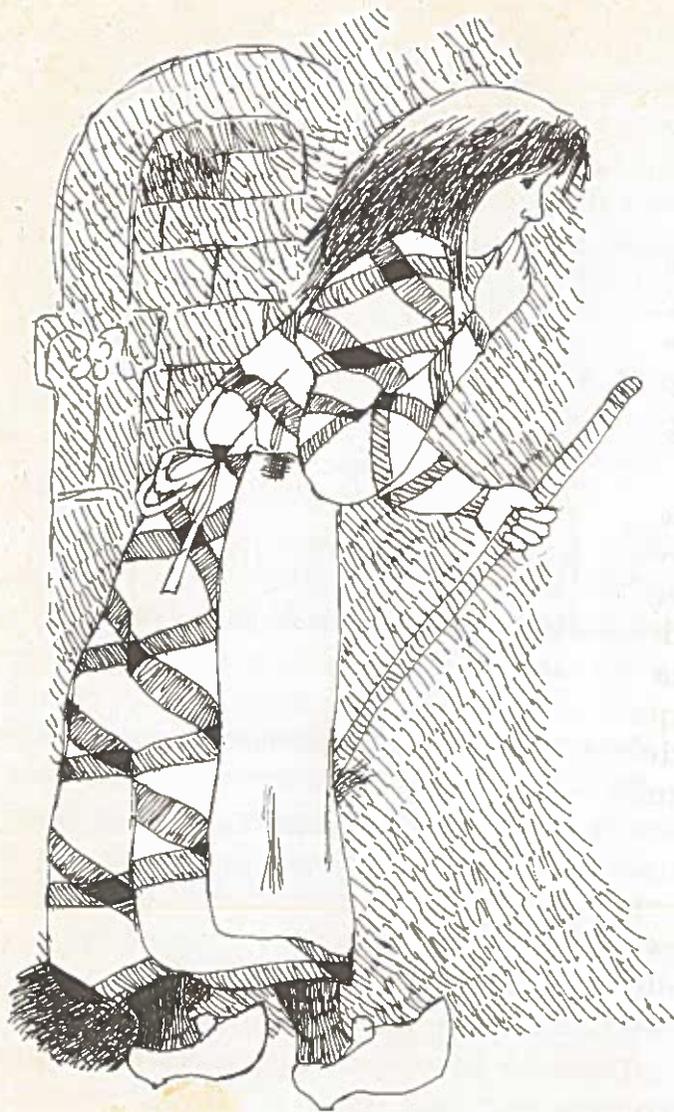
—Puede que sean cazadores —pensaba ella—; ¡pobres pajaritos!, ¡pobres conejitos!, ¡pobres gacelas! Todos esos animales viven sin meterse con nadie, y a pesar de todo los matan. ¡Qué lástima me da de ellos! Pero mucho más me aterra que a mis amiguitos de las alas los tomen por palomas y les peguen un tiro.

El caso es que los disparos seguían; a veces eran unas detonaciones tremendas, y lo mismo sonaban de día que de noche, lo cual tenía muy preocupada a la buena bruja de nuestra historia, que apenas podía dormir con tranquilidad.

## 3

### Doña Paz baja del nido y abre la puerta a un herido

Sucedió que en una noche de aquéllas el cielo se ennegreció con terribles nubarrones, y de pronto empezaron a sonar unos truenos con los que parecía que se iba a romper la Tierra, acompañados de relámpagos y rayos tan intensos y frecuentes como no se ha visto jamás, y al momento empezó a llover de tal manera que más que gotas aquello parecía una gigantesca cascada de agua que caía sobre el Mundo entero.



La noche estaba espantosamente oscura y la angustia tenía que ser horrible para aquellos a quienes les hubiera sorprendido en el campo.

En esto se oyó que alguien llamaba a la puerta del templo en que vivía la bruja doña Paz; mas como allí no dormía ningún hombre, nadie abría; a pesar de lo cual siguieron llamando, pegando con una piedra grande en las maderas de la puerta.

Como era de esperar, la bruja doña Paz se sobresaltó; tembló de miedo por primera vez en su vida. No podía huir porque la lluvia y los rayos eran cada vez más espantosos, de manera que lo que hizo fue asomarse y a la luz de un inquieto y horrible relámpago que duró medio minuto, vio que se trataba de dos hombres que traían a otro en una camilla.

—Nunca he hablado con las personas —pensó la bruja—, pero yo no puedo esta vez dejar que esa gente sufra en la calle la angustia de tan dolorosa situación. Yo voy a abrirles y... ¡pase lo que pase!

Descendió a tientas por unas escaleritas rotas, viejas, estrechas y tortuosas que ella

desconocía, por las que no veía absolutamente nada, y después de mil tropezones llegó a la puerta, cuidándose de dejar arriba la escoba para que no adivinaran que se trataba de una bruja.

A tuntas también consiguió abrir la puerta y en seguida penetraron los dos camilleros con el herido.

— Pasen ustedes y cerremos rápidamente, porque el agua es capaz de entrar a torrentes — les dijo.

En su voz comprendieron que se trataba de una mujer amable y, dejando la camilla en el suelo, dijo uno de ellos:

— Señora: ¡cuánto le agradecemos su atención! Aquí viene este herido con un tiro en la cabeza, y nos hemos perdido por el campo debido a la lluvia y a esta tremenda oscuridad.



—¿Y cómo ha sido la desgracia? —preguntó Paz—. ¿Es que estaban ustedes cazando?

—¿Cazando, dice usted? ¡Ah, señora! ¡Estábamos cazando hombres!

—¿Es que hay guerra? —les preguntó.

—¡Naturalmente! —le respondió uno de ellos—. ¿No oye usted constantemente los bombardeos?

—Sí que me ha parecido oírlos, sí, pero no sabía...

—Estamos librando una batalla terrible contra el enemigo —le dijeron luego—. Si no matamos a la mitad de esos malvados, acabarán con nosotros. ¡Hay que triunfar! ¡Hay que dominar a los de esa maldita raza!...

Al escuchar Paz aquello se acordó de que los seis niños de las alas eran de distinto color, y a pesar de todo jugaban felices, y comprendió que a los de la guerra no les pasaba esto; por el contrario, luchaban unas razas contra otras. Ahora bien, aquellos que tenía a su lado ¿eran Amarillos?, ¿eran Blancos?, ¿eran Negros? La oscuridad resultaba tan tremenda que no podía

darse cuenta; pero tampoco se lo quiso preguntar, porque al saber si eran Negros, Amarillos o Blancos y darse cuenta de su color, podía ella también sentir odio contra el enemigo, y la buena bruja doña Paz no quería sentir odio por nadie en lo que le quedase de vida.

Entonces se le ocurrió decir:

—Si ustedes les tiran tiros, ellos se tendrán que defender; pero si les hablan pacíficamente, ni morirán ustedes de mala manera, ni ellos.

—¡Bah! —le respondió uno de los dos soldados sanos—, hay que vencerles, aunque nos cueste morir, señora.

—¿Y no les da a ustedes angustia ver a este hombre malherido? —les dijo.

—Claro que sí, pero la guerra es la guerra —exclamó el soldado.

Paz se quedó en silencio; estuvo pensando un momento en aquellas malditas palabras y entonces dijo esta hermosa verdad, que acaso fuera la verdad más importante que Paz había dicho en su vida:

—*Las guerras, se ganen o se pierdan, no se acaban jamás: los que las pierden se quedan odiando*

*a los vencedores, y ese odio es como una guerra triste y silenciosa. Además, si ustedes aman a su patria, también es justo que ellos amen a la suya. Lo mejor es que hagan las paces, que se hagan amigos y que los pleitos que surjan los arreglen entre unos y otros, en una sociedad formada por los pueblos de las razas blancas, negras y amarillas.*

Esto dijo, acordándose siempre de aquellos seis niños de diversos colores.

Los tres hombres que la habían oído guardaron silencio; sin duda, las palabras de la buena bruja, que ellos no sabían que era tal bruja, les hicieron sensación. Realmente no fue todo silencio, porque el herido se quejaba tristemente.

—Hay que curar a ese hombre y evitar que haya en el mundo más heridos de guerra —les dijo ella.

—Eso ya no es posible —respondió uno de los soldados.

—¿Cómo que no? —insistió Paz—. Yo conozco a seis niños de distintos colores que son felices jugando todos juntos; y así como ellos juegan alegremente, los hombres del Mundo deben tratarse unos a otros con buenas maneras, formando entre todos una

agrupación que resuelva los pleitos que haya entre los pueblos.

—Le digo a usted, señora, que ya no puede ser. La guerra no cesará hasta que no acaben los unos con los otros.

—¡No hable usted así! —le interrumpió Paz—. Usted sabe que cuando un hombre mata a otro, ese hombre es un criminal, y perdone que haya empleado esa palabra tan fea y tan odiosa. Por consiguiente, las guerras les convierten a ustedes en esos hombres criminales. Se debe ser valiente para salvar a los que estén en peligro de muerte, no para poner en peligro de muerte a los demás.

El silencio volvió a rodearles, y volvió a quejarse el herido en medio de la terrible oscuridad nocturna de aquella estancia; pero al darse cuenta Paz de que los hombres callaban, comprendió que les iba convenciendo poco a poco, y que, asimismo, podría convencerse a todos los hombres del Mundo. Mas como se aproximaba la hora de nacer el día, les dijo:

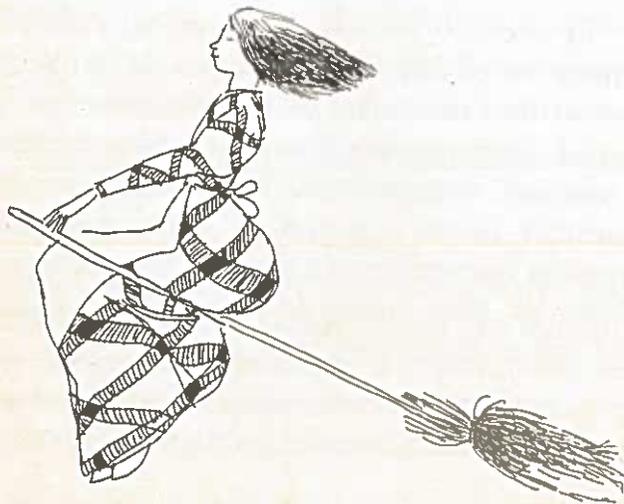
—Amigos: yo les dejo; ya saben dónde esta la puerta. Cuando les parezca oportuno

la abren y siguen su camino hacia el hospital.

— Muchas gracias, señora — respondieron ellos—. Le agradecemos muy de veras que nos haya acogido, y hasta son también de agradecer sus pacíficas intenciones.

Entonces doña Paz subió la escalera a tientas, y en la alta torre que habitaba siguió pensando, preocupada por todo lo que acababa de oír.

Entretanto, ellos esperaron a que se calmara la tormenta, y fue entonces cuando salieron con el herido camino del hospital, en los momentos en que el día comenzaba a clarear.



#### 4

«¡Compañeros!, lo que quiero es reunir algún dinero»

¿Qué fue, entonces, lo que ella pensó?... Pensó, pensó que los padres quieren siempre a sus hijos, y que las guerras hacen siempre sufrir y llorar de miedo a los niños; y con ese desazonado pensamiento se decidió a poner en práctica una idea que, poco a poco, iremos relatando.

Como las tempestades son tan caprichosas, el siguiente día amaneció con esas nubecitas blancas, ligeras y sueltas, ya aludidas anteriormente, que corrían por el azul del

cielo. La buena bruja se asomó a la torre, y cuando llegaron a visitarla los chiquillos de diversos colores, todos con sus alitas y sus alegres sonrisas, les dijo:

—Amigos míos: ¿a vosotros os haría felices que todos los niños del Mundo estuvieran tan contentos como vosotros lo estáis?

—Claro que sí —le respondieron.

—¿Y os haría más felices todavía que la felicidad de los niños del Mundo entero se debiese a vosotros?

—¡Sí! ¡Sí! —exclamaron ellos alborozados y agitando de alegría sus manos y sus alas.

—Pues entonces es necesario que reunamos entre todos un talego lleno de juguetes.

Uno de los niños se puso muy serio y dijo:

—Pero nosotros no se los queremos quitar a ningún niño, porque eso podría llenarles de tristeza.

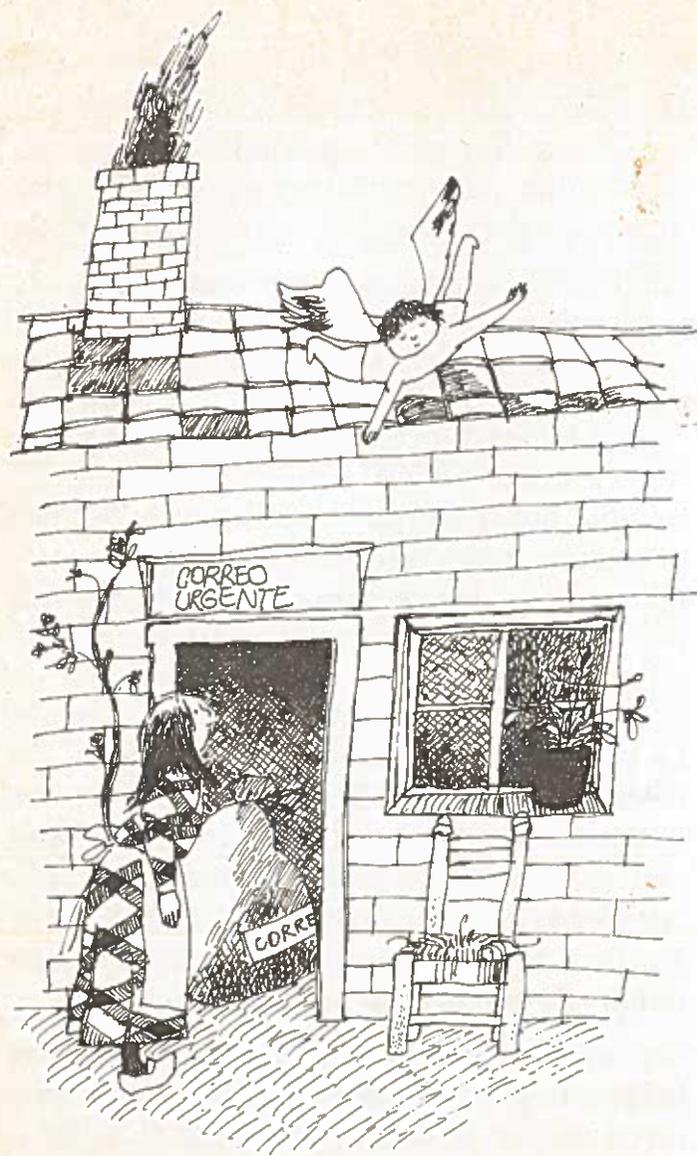
—¡Naturalmente! —aprobó doña Paz—; eso estaría muy feo. Lo que tenemos que hacer es ganar algún dinero para comprarlos.

—Sí, ésa es una idea muy hermosa, señora; pero nosotros no sabemos trabajar.

—Aprenderéis en seguida. El trabajo sirve siempre para que después estemos alegres por haber cumplido con nuestro deber. Seguidme.

Paz escondió su escoba en la torre, alquiló una tiendecita que estaba desocupada, y a los seis niños les pidió que cada uno se aprendiera las calles de un barrio distinto de la ciudad. Sobre la puerta del establecimiento hicieron que se pusiese un letrero grande que decía: «Correspondencia Urgente», y así las personas que tenían prisa porque llegasen sus cartas a los vecinos de aquel mismo pueblo, iban a la oficina de doña Paz, pagaban con una moneda de plata, y uno de los niños, volando, volando, las llevaba al barrio indicado en el sobre, entregándolas por el balcón para mayor urgencia. Y como los ciudadanos estaban felices viéndoles volar, la casa se acreditó en seguida, y antes de un mes tenían dinero para llenar de juguetes dos talegos.

Compró la señora quince muñecas, diez juegos de pimpón, seis balones de colores y otros tantos de fútbol, muñecos de guiñol,



veinte automovilitos a los que se les daba cuerda, ferrocarriles con vías, yo-yos, combas para que saltaran las niñas, peones de música, caballos de cartón, cajas con lápices de colores, cornetas, tambores y guitarras, osos de trapo... En fin, mil juguetes variados, aunque se cuidó de no comprar pistolas, porque decía que los niños se acostumbraban con ellas a tirar a los amiguitos desde las esquinas, como hacen los criminales más cobardes.

Con todo eso llenó un talego y, como se ha dicho, aún sobraron muchos juguetes que los seis niños podrían llevar en sus manos. Y fue entonces cuando doña Paz les dijo:

— Es necesario que mañana por la noche, a las doce, que es la hora de las brujas malas, y que desde ahora también será de las brujas buenas, vengáis a mi oficina del correo urgente a buscarme, y a buscar todos los juguetes que tenemos guardados.

— ¿Y por qué no esta misma noche? — preguntaron impacientes.

— Porque esta noche tengo yo que hacer algo, y no quiero que me acompañéis vosotros.



Lo que doña Paz tenía que hacer era buscar dónde estaba la guerra, y no quería que los niños la acompañasen, no fuera a desorientarse alguno y le pegaran un tiro.

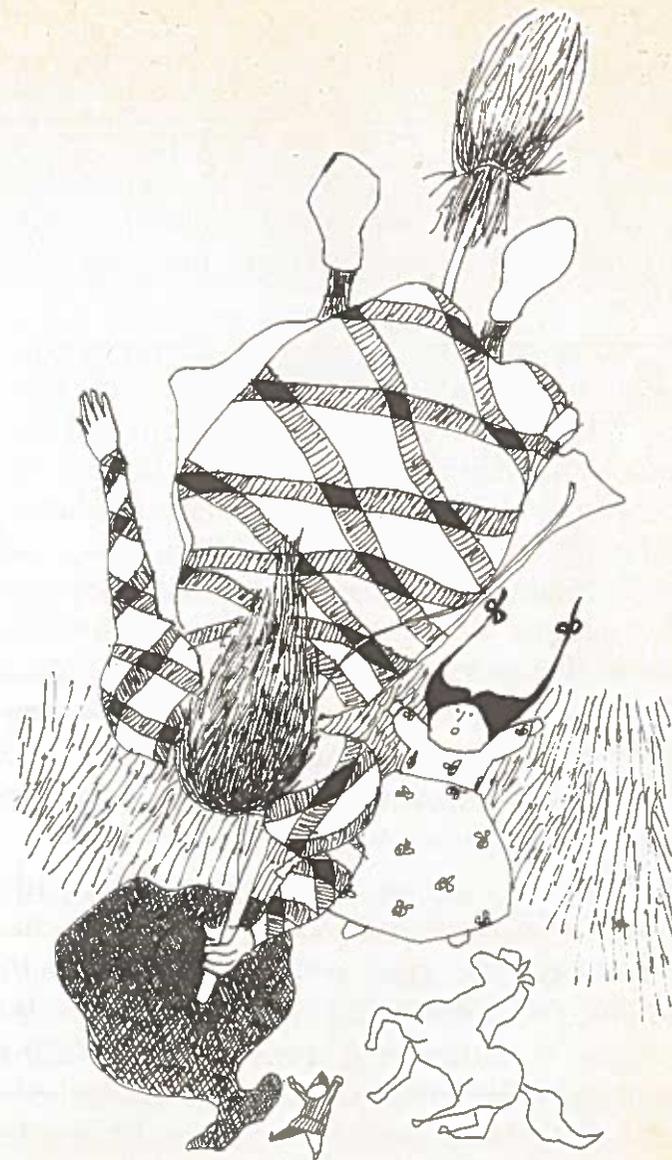
Efectivamente, buscando y buscando, la buena bruja, que se orientaba por el ruido de las detonaciones, dio con el sitio donde estaban peleando, y bien aprendido el lugar, regresó a su pequeño establecimiento, en el que apenas pudo dormir, pues no hacía más que pensar en lo que iba a hacer al otro día, que luego explicaremos.

5

Motivos de amistad son  
las muñecas y el pimpón

A la noche siguiente, bien lleno el talego de juguetes, y con unos cuantos más en las manos de cada uno de los niños, dijo a éstos doña Paz:

—A las doce en punto, hora de brujas buenas o malas, saldremos volando. Tenéis que seguirme muy en silencio, y cuando me veáis volcar mi talego desde el aire, soltáis también vosotros los juguetes. Yo tengo el deseo de que vosotros, los niños de todos los colores, seáis los que consigan la paz del



Mundo entero. ¡Ah!, pero ya digo que no debéis hacer el menor ruido al volar, porque por abajo están los enemigos de un bando y de otro, y hasta que no consigamos pacificarlos dispararán sus cañones y ametralladoras en cuanto tengan pretexto para ello.

Así se hizo: los niños, que, como es conveniente recordar, sus nombres eran Luce-ro, Violín, Clavel, Chocolate, Jilguero y Girasol, salieron volando con ella a la hora indicada, y al pasar sobre la zona que quedaba entre las dos trincheras enemigas, que todo estaba lleno de hierbas altas, arrojaron los cientos de juguetes que llevaban entre todos y siguieron volando, volando, hasta regresar de nuevo a la oficina de la correspondencia urgente.

—Ahora, a dormir un poquito y a esperar los resultados —les dijo la bruja.

Coincidió aquello con que, al amanecer del día siguiente, los generales de ambos lados quisieron que se hicieran reconocimientos secretos hasta las alambradas enemigas, y andando a gatas salieron unos cuantos soldados de una parte y de otra, encontrándose al poco tiempo un balón de

colores, un juego de pimpón, dos muñecas, tres yo-yos y otros muchos entretenimientos; pero como todo había caído desde lo alto, a casi todos los juguetes les faltaba alguna pieza, separada por motivo del golpe. Realmente, ése fue el deseo de la buena bruja, según se verá luego.

De pronto, los soldados de un lado toparon con los del otro, y según iban caminando a gatas dijo uno a su contrario:

—Ahora mismito te atravieso de un tiro..., si es que no hubieras encontrado por ahí un pelotita del pimpón que me falta para completar el juego.

—¡Qué casualidad! —respondió el contrario—. La acabo de encontrar. Ahora bien, si la quieres, me tienes que entregar un brazo que se le ha desprendido a esta muñeca, que yo también tengo una niña en mi lejano hogar.

—Yo no he visto ese brazo, mi distinguido enemigo —le contestó—, pero preguntaré a ver si lo ha encontrado alguno de mis compañeros.

Investigó, interrogó por allí sin dejar de andar de rodillas, y efectivamente, uno lo

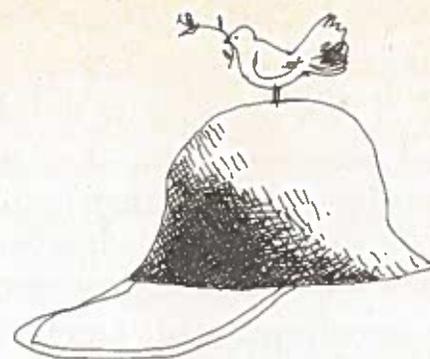
tenía. Eso les hizo quedar en paz. Y como unos y otros, los enemigos, hicieron negociaciones por el estilo, resultó que unos y otros también regresaron a sus correspondientes trincheras tan contentos, cada cual con su juguete y con la idea de que los enemigos no parecían tan antipáticos como cuando andaban a tiros.



¿Qué pasó con esto? Pues que todos los demás soldados querían salir al reconocimiento y consiguieron hacerlo algunos más, también de ambos lados, viniendo a suceder lo mismo que el día anterior: que cambiándose las piezas unos con otros, se trajeron veinte o treinta juguetes de los que Paz y los niños voladores habían dejado caer. Y



como vinieron luego esos días de tranquilidad que de cuando en cuando hay en las guerras, casi puede decirse que los soldados jugaban con todo aquello, ilusionados con la alegría que iban a dar a sus hijas y a sus hijos, o a sus hermanitos, cuando pudieran regresar a sus pueblos respectivos para descansar, y sacaban las muñecas, los automovilitos y los ferrocarriles, y los hacían rodar hasta fuera de las trincheras; y como en la otra parte hacían lo mismo, resulta que las muñecas miraban en paz a las del otro lado, consiguiendo que los soldados se acordaran constantemente de sus niños, y haciéndoles olvidar, poco a poco, los deseos de dar muerte al enemigo.



6

Ahora se habla, en este cuento,  
de un balón de reglamento

Mas vino a suceder algo extraordinario y pintoresco, y fue que en uno de aquellos reconocimientos que se hacían avanzando a gatas, los soldados de ambas partes dieron al mismo tiempo con un balón de fútbol, de los de reglamento, que dos enemigos agarraron rápidamente, pero uno de ellos gritó enfurecido al otro:

— ¡Eso no vale, porque lo he visto yo antes que tú!

—Sí, pero yo lo he dado caza primero.

—Es que si no me lo das te pego un tiro —exclamó el otro preparando el fusil.

Entonces intervinieron los dos capitanes de los dos lados, que mandaban los reconocimientos escondidos entre la hierba, y uno exclamó con la autoridad de su categoría:

—¡Que haya formalidad! Llevamos cuatro días sin disparar un tiro por la patria, y ahora resulta que se quieren ustedes matar por un juguete. ¡Eso es muy poco serio, señores soldados!

Y el otro jefe, escondido también, añadió:

—Yo opino que ya que no se trata de cosas de guerra, para llevarse el balón unos u otros deben ganarlo noblemente.

—¿Y cómo? —preguntaron los soldados.

El capitán asomó la cabeza y dijo:

—Pues la cosa puede ser bien sencilla, si es que los generales se lo permiten a ustedes. Se forma un equipo de once soldados en cada zona enemiga, y el domingo por la mañana pueden ustedes jugar un partido para que se lo lleven los vencedores.

—¿Pero dónde vamos a jugar, mi capitán?

—Pues podemos buscar una praderita entre las dos trincheras —respondió—, y allí lo juegan ustedes. ¿No les parece?

—¡Muy bien! ¡Oh, qué gran idea! —gritaron todos, poniéndose en pie por el impulso de su alegría.

A los generales les pareció muy poco formal semejante cosa; eso de que en plena guerra se jugase un partido de fútbol no les resultaba nada guerrero, pero como era un juego que no tenía nada que ver con los asuntos de las naciones y vieron que había gran entusiasmo entre su gente, cedieron.

Y así fue: al domingo siguiente se celebró el partido, preparado por una comisión de capitanes de ambas zonas bélicas. Y hasta fueron invitados dos generales enemigos, que ocuparon una pequeña tribuna construida con tablas por los soldados; era una tribuna que estaba adornada, como es natural, con las dos banderas; además, hubo concierto en el descanso, ofrecido por las bandas militares, que también eran dos.

Arbitró el teniente de una nación neutral, que estaba en una de las zonas aprendiendo



a guerrear, y el partido fue muy reñido, pero respetándose las decisiones del árbitro, que como no encontró un pito para tocar, llevaba detrás un cornetín de órdenes.

Unos metieron un gol... y otros otro, y así acabaron al llegar el tiempo reglamentario. Los miles de soldados que formaban el público aplaudieron con entusiasmo, pero todos correctos, y los generales se vieron en la obligación de darse la mano a los acordes de ambos himnos.

De todo esto fueron enterados los Presidentes de los dos países y al saber que el acto futbolístico se había realizado en paz, permitieron que los soldados, ¡todos!, se marcharan una temporadita a sus pueblos a descansar y a llevar los juguetes a sus hijos y hermanitos; y las trincheras se quedaron vacías, con el balón en medio, ya que no lo había ganado nadie. ¡Y qué pacíficamente se fue desinflando, poco a poco, en soledad! ¡Qué pacíficamente!...

Debemos decir ahora a los niños que lean o escuchen esta historia una cosa de cierta importancia. Como es natural, si los Presidentes de los dos países en guerra decidieron que sus soldados se retiraran de las

trincheras, no fue porque hubiesen quedado empatados en el fútbol; había algo más serio: fue que se dieron cuenta de que, para unas cosas u otras, se podía tratar con el enemigo, y arreglar la cuestión que tenían pendiente, que era que ambas naciones querían apoderarse de un puerto de mar que estaba entre los dos países.

Claro está que tampoco se ponían de acuerdo fácilmente; lo discutieron con pasión; hasta se amenazaron unos a otros con ir a la guerra otra vez; pero entonces pidieron que se reuniera una comisión de varias naciones que nada tenían que ver con aquel puerto para que estudiaran lo que fuera justo. Así lo hicieron, decidiendo que el puerto quedase dividido en dos y al servicio de los dos países.

Eso de la comisión resultó tan admirable que desde entonces todos los conflictos de ambos pueblos eran arreglados por ella, con lo cual se acabó la guerra y no hubo más tiros que matasen a los soldados de un sitio ni de otro, porque, al fin y al cabo, y aunque sean soldados con uniforme, son personas como los demás, con sus padres, esposas, hijos y hermanos.

## 7

Doña Paz dice: «La paz se debe a vuestra bondad»

Cuando la buena bruja supo que al acabar aquella guerra el Mundo entero estaba acariciado por la paz más feliz, ya no tuvo otra idea que volver a su torre para no salir apenas de ella. Había conseguido lo que se proponía y su propósito era darse paseítos hacia las doce de la noche, con su escoba, y llegar hasta las más brillantes y bonitas estrellas, y así lo hizo. ¡Ah!, pero sus amigos

Lucero y Girasol (amarillos), Chocolate y Jilguero (negros) y Violín y Clavel (blancos) venían a verla con frecuencia, y eran los que le contaban lo felices que vivían los dos pueblos con aquella comisión de los países unidos por la paz.

Y un día fue ella y les dijo:

—Amiguitos, tengo una idea: ¡esa paz hay que aumentarla y conservarla! Gracias a vosotros seis, que vivís felizmente unidos, se me ocurrió eso de pacificar al Mundo, lo cual quiere decir que no es a mí, sino a vosotros, los niños, a los que la Tierra debe su pacificación. Al fin y al cabo, yo sé que toda la gente desea la paz y que únicamente regañan, se pelean o van a las guerras porque se enfurecen, se apasionan y se llenan de ira, y entonces pierden la serenidad y la razón. Pero deseo que el Mundo entero se fije en los niños, que sepa que las niñas y los chiquillos son los que más sufren cuando hay guerra, y que en las naciones pobres están muy abandonados. Eso hay que hacerlo saber siempre. Por consiguiente, quiero que cada uno de vosotros me traiga un cartelito con una frase escrita en favor de los niños, que diga cuáles son los principales

motivos por los que se desea la paz del Mundo. Yo premiaré a la mejor frase con una bicicleta para que no todo sea volar y volar.

— ¡Muy bien! ¡Vamos a ver quién se gana ese premio! —dijo uno de los niños—. ¡Viva la bruja doña Paz!

— ¡Viva! —gritaron los demás.

Los chiquillos se fueron volando a seis árboles distintos y cada uno se escondió entre las ramas para pensar. Hasta se ponían un dedo en la frente con el deseo de que les llegaran mejor las ideas.

Al día siguiente regresaron todos a la torre de doña Paz, y he aquí lo que habían escrito en sus seis cartelitos.

El cartel de Lucero decía:

*Las niñas y los niños del Mundo entero han sufrido y llorado sin defensa el dolor de las guerras. La paz no viene de las guerras, porque después lo que hay es odio y rencor. La paz viene de los pacíficos acuerdos de una reunión de naciones. En las guerras hay tantos heridos que se convierten las escuelas en hospitales.*



El cartel de Violín decía:

*Las niñas y los niños del Mundo entero deben ver en el trabajo diario de los mayores que hay tareas nobles que no son las de ir a matar a los hombres de otra nación o de otra raza. Si los niños crecen felices viendo en paz a los mayores, no serán nunca partidarios de las malditas guerras.*

Clavel decía lo siguiente:

*Las niñas y los niños del Mundo entero deben recibir enseñanza gratuita, con alegres recreos y el cuidado de los médicos. Y en su educación hay que hacerles saber que cuando sean mayores deberán seguir siendo pacíficos amigos de todos los hombres. Los niños no deben sufrir nunca más los odios entre unas razas y otras.*

Estas eran las palabras que Chocolate traía en su cartel:

*Las niñas y los niños del Mundo entero serán orientados de manera que sepan que todas las naciones del Mundo, poderosas o no, deben ser amigas. Si los mayores piensan siempre en los niños, pensarán también en el Mundo feliz de los tiempos venideros.*

Jilguero decía:

*Las niñas y los niños del Mundo entero deben tener en la vida derechos iguales, sin distinción de razas, idiomas, religión, color o nacionalidad. Los niños y las niñas deben ver que la paz es como un faro que los guía hacia el puerto de la felicidad para cuando sean mayores.*

Y, en fin, éstas eran las palabras que escribió Giralsol:

*Las niñas y los niños del Mundo entero deben hacerse mayores pensando siempre en que el avance unido y pacífico de todos los países será la más feliz civilización en beneficio de todos: hombres, mujeres, niños y niñas. El Mundo entero es como la patria de todos los niños.*

Estos fueron los carteles que los seis amigos de doña Paz le llevaron, todos ellos ilusionados y felices, soñando con el premio de la bicicleta.

Al hombre que os relata esta historia le llenaría de contento que aquellos niños que la lean o la escuchen vuelvan a fijar su aten-

ción en las palabras de los seis carteles para ver si entre los lectorcitos y sus amigos hay alguno que coincida con la buena bruja al elegir su cartel. Pondremos en el relato unos cuantos puntos suspensivos para dar tiempo a los que quieren repetir la lectura de los cartones.



## 8

### La Tierra corren completa seis niños en bicicleta

Pues, señor, es el caso que los seis niños de las alitas llegaron con sus carteles, muy ilusionados por el ofrecimiento de la bicicleta, pues todos tenían el deseo de rodar por los caminitos con los demás niños y niñas del Mundo, ya que estaban un poco cansados de tanto volar.

La buena señora, o la bruja, o como queramos llamarla, les dijo que volvieran a la torre al día siguiente, y antes de que llegaran se estuvo más de dos horas leyendo y re-



leyendo los carteles, y cuando los chiquillos regresaron, exclamó:

— ¡Todos me gustan! No puedo premiar uno sólo; yo quiero premiar a los seis, pero no tengo bicicletas para todos. En fin, yo os espero mañana otra vez, y veremos si lo he resuelto según mis deseos.

Fuéronse los muchachos un poco desilusionados; ¿tendrían al fin su bicicleta?...

Sucedió que estando aquel día doña Paz asomada a su torre, vio pasar por la calle una carroza adornada maravillosamente, tirada por seis caballos blancos, y como dentro iba una dama, pensó así:

— La Reina de la Nación no puede ser, puesto que no la acompañan las reales fuerzas militares del país. Entonces será un hada, aunque en este mundo vamos quedando ya pocas hadas y pocas brujas, ¡ah!, pero si lo es, voy a ver si por encantamiento convierte sus seis caballos en bicicletas y me resuelve el problema.

Descendió de la torre, se acercó rápidamente a la carroza y se encontró, en efecto, con que dentro iba una dama joven, muy bella y de gesto cordial y amable; mas no se

trataba de hada alguna ni de cosa que se le pareciese, porque era la Reina de la Belleza, elegida por todos los jóvenes para las fiestas de la ciudad.

Doña Paz, con un valor impresionante, le pidió permiso para subir con ella unos instantes; se lo permitió la hermosa Reina y fueron leídos atentamente los carteles, después de lo cual dijo la brujita:

— A los niños que me los han escrito les he ofrecido bicicletas, pero no tengo dinero para comprarlas.

— Pues a mí me han gustado tanto las palabras de todos ellos — comentó la bella joven — que le prometo a usted conseguirlo.

Efectivamente, la Reina de la Belleza organizó un baile de máscaras infantiles al que acudieron todas las niñas y los niños de la ciudad, reuniéndose muy variados disfraces: colombinas, pierrots, angelitos, diablillos, charros mexicanos, esquimales, chinitos y chinitas, sevillanas, venecianas, gauchos argentinos, moritas de cara tapada, escoceses, incas, payasos, brujas, cabezudos y hasta gatos y ratones, y como era un baile de pago, con aquel dinero pudieron comprarse las bicicletas.

¿Y qué hicieron con ellas? Los seis niños se fueron a ver a un médico cirujano y a un mecánico muy experto, y el médico les quitó las alas sin hacerles apenas daño ni heridas, y el mecánico consiguió ponérselas a las seis bicicletas.

Entonces cada niño colocó dos carteles iguales a los lados de la bicicleta con su correspondiente frase, y todos los chiquillos de la ciudad, al leer aquellas pacíficas y felices palabras, los aplaudían con entusiasmo al grito de: «¡VIVA LA PAZ!»

En vista del éxito, las bicicletas se echaron a volar con sus viajeros y recorrieron unas cuantas ciudades lejanas, cruzándose en ocasiones por el aire con los satélites de reciente invención, a los que saludaban alegremente; por cierto, que eran contestados con cariño, ya que se trataba de pacíficos satélites.

Así visitaron mil países, donde había niños blancos o negros, o amarillos con los ojos achinados, y era tal el entusiasmo con que se les recibía, que hasta los detenían para copiar las palabras de sus carteles en los diversos idiomas de nuestro planeta.



Eso fue suficiente para que las niñas y los niños de unos pueblos y de otros se escribieran cartas de amistad aunque no se conocieran; y hasta organizaron agrupaciones fraternales para visitarse los unos a los otros, deseosos de que aquella cordialidad que empezaban de pequeños continuara siempre, según se iban haciendo mayores todos los niños y las niñas del Mundo entero.

En fin, es el caso que esta alegría de la paz entró en todos los hogares de nuestro planeta; es decir, en cuantas familias viven de Norte a Sur y de Este a Oeste en el mapamundi; pero ¡completito, completito! Ya los niños no tenían miedo a esas terribles guerras, por culpa de las cuales pueden regresar a sus casas los padres y los hermanos mayores malheridos y tristes; ya no recelaban jamás de estos o de los otros extranjeros. Por el contrario, sabían que ser amigos de los niños nacidos en diversas naciones era querer más a su amada patria, puesto que así no le buscaban enemigos. Pues qué, ¿no sabemos que teniendo buenos y amables compañeros en el colegio alegramos a nuestros padres? Pues es lo mismo: que-

riendo a todos los niños del Mundo queremos más a nuestra patria; la rodeamos de contento por todas partes.

Y como aquella paz de la chiquillería mundial se debía a los simpáticos muchachos llamados Lucero, Violín, Clavel, Chocolate, Jilguero y Girasol, les regalaron una casa para que allí continuaran siempre trabajando por la paz de todos los niños de la Tierra. Era una casa grande, con jardín y campo de tenis, en la que vivían con ellos, pacíficamente, los seis animalitos que ellos mismos eligieron: Lucero eligió una paloma; Violín, un perro; Clavel, un gato; Chocolate, un loro; Jilguero, un pajarito de su mismo nombre, y Girasol, un hermoso tigre; pero todos cariñosos, felices y juguetones; ¡hasta el tigre de las cien rayas!

Los seis niños fueron, como es natural, a visitar a doña Paz con el deseo de que viviera con ellos; pero la buena bruja les dijo:

— La PAZ la habéis logrado vosotros con todos los niños de la Tierra; yo no soy más que una bruja que no ha sabido ser mala, y quiero quedarme en mi alta torre toda la vida, viviendo con estos pequeños murciéla-

gos, voladores como el colibrí, y a veces alegres como ratoncitos, y con esas cigüeñas que vienen a pasar conmigo los veranos.

Claro está que, además de las cigüeñas y murciélagos, también iban los seis niños a visitarla de cuando en cuando montados en sus bicicletas aéreas, y hasta le llevaban cajas de bombones que remitían para ella colegiales de mil pueblos, y ramos de muy distintas y raras flores que las niñas enviaban desde todos los jardines del planeta terrestre. Doña Paz fue la única bruja, desde que las brujas se inventaron, que ha recibido con alegre ternura y con un gesto feliz y cordial los regalos de flores y bombones. Por algo los seis chiquillos (blancos, negros y amarillos) gritaban siempre que iban a visitarla:

—¡Viva LA BRUJA DOÑA PAZ!

—¡¡Vivaaaa!!...

FIN

